

Que una alma siempre sólo no podría  
Soportar la fatiga del vivir.  
Así lo quiere Dios. Penas y goces  
Debemos compartir á los que amamos,  
Para dicha mayor cuando gozamos,  
Para mejor consuelo en el sufrir.

Una alma que está sólo, que no tiene  
Ni una pálida luz entre su sombra,  
Que á nadie espera, que á ninguno nombra,  
Que no tiene ¡infeliz! por quien llorar;  
Que ante un recuerdo, para siempre amado,  
Temblando de emoción no se despierta,  
¿No es verdad que es una alma que está muerta  
Pues la vida del alma es sólo amar?

Feliz quien ama, aunque el dolor impío  
Su triste sombra al corazón arroje,  
Y tempestuosa la pasión deshoje  
La pasajera flor de la ilusión.  
Feliz quien ama, sí; felices ojos  
Los que saben llorar por el ausente;  
Feliz el alma que sufriendo siente  
Que otra alma la acompaña en su aflicción.

La dicha es nada mas el sueño de oro  
Del infortunio en la mezquina tierra;  
Pero cuanta es posible no la encierra  
Mas que el amor, que goza en padecer.

Feliz, bella Asunción, quien mucho ama  
Y llena con su amor una existencia;  
Feliz quien logra tras amarga ausencia  
La inmensa dicha de volverse á ver.

## MI PADRE MUERTO.

(A MI HERMANO LUIS.)

. . . . Disperato dolor che'l cuor mi preme! . . . .

*Dante.*

Gracias, gracias, Señor. . . Me has dado llanto  
Y he llorado por fin . . . . gracias, Dios mio!  
Un pobre corazón que sufre tanto,  
Un pobre corazón que está vacío  
De esperanza y de fé, necesitaba  
Para no reventar en mil pedazos  
Reventar en el llanto que le ahogaba! . . .

¡Gracias aún otra vez porque tu oído  
Abriste ¡oh Dios! á mi aflicción! . . Y has hecho  
Que al romper los sollozos de mi pecho

Haya mis propias lágrimas bebido!  
 Gracias, inmenso Dios, gracias! . . .

Y ahora

Apura, corazón, el hondo cáliz  
 Del inmenso pesar que te devora!

Sólo, ante Dios, en tu dolor sin nombre

Inagotable llora

Las más acerbos lágrimas del hombre,  
 Y á ese viento que gimo, á esas tinieblas

En que flota el pavor, á ese callado

Espantable caos del infinito,

Arroja delirante,

Desesperado corazón, tu grito!

.....

.....

Hora de los misterios, noche amiga,

Deja que el alma mártir

Tu soledad bendiga! . . .

Solo tú tienes para mí consuelo,

Si así puede llamarse

Hundirse en tanto duelo,

Remover los pedazos doloridos

Del roto corazón, y abandonarse

Al amargo placer de sus gemidos . . . .

Hay algo de la tumba que yo arro

En tu tremenda calma,

Hay algo de la muerte entre tu sombra  
 Y tengo triste hasta la muerte el alma;  
 Toda ella es amargura,  
 Indecible dolor jamás sentido,  
 Noche en la noche misma, más oscura  
 Que el negro manto en la Creación tendido! . . .

Ayer era feliz . . . y lo ignoraba . . .

Ayer era feliz . . . En mis hogares

La dulce paz de la virtud moraba,

Y mucho tiempo hacía

Que á su umbral no llegaban los pesares,

Sino que en cada sol una alegría

El Señor de los buenos les enviaba

Como el pan celestial de cada día.

De mi padre la frente

Iba cubriendo apenas

La primer nieve de la edad, luciente,

Como el pico elevado

De la montaña, el hielo,

Para significar inmaculado

La ya cercana vecindad del cielo.

Y allí, sobre esa frente veneranda,

Cual rayo oculto que en serena tarde

De la pérfida nube se desprende

Y la alta encina hiende,

Del mismo modo la desgracia impía

Vibró su rayo de dolor y muerte,  
Y en ménos ¡ay! de lo que dura un día,  
Sin el adios siquier de la agonía  
La sacra vida quebrantó del fuerte.

.....  
.....  
Era un sueño, ¿es verdad? . . . Estaba loco . . .  
¡Oh! decidme, decidme que no es cierto,  
Que no ha podido ser, que delirante  
Golpease mi cabeza  
Sobre la tumba de mi padre muerto! . . .

¿Puede acaso morir quien dá la vida? . . .  
¿De un mismo corazón puede una parte  
Caer en la tumba miéntras otra existe?  
Y Tú, que nos ordeñas adorarte,  
Y Padre y Justo y Bienhechor llamarte,  
Dios de inmensa bondad. . . ¿tú lo quisiste? . . .

Padre, mi padre, escúchame, responde! . . .  
—Horrible desvarío!—  
¿Es ésto un ataúd. . . aquí se esconde  
El autor de mi vida? aquí, Dios mío? . . .  
Aquí donde se estrella  
Convulsa de dolor el alma lóca,  
Y besos tantos con sollozo inmenso,  
Con desesperación deja mi boca? . . .

Dejadme . . . porque quiero entre mis brazos

Estrechar su cadáver . . . . Estrecharle  
Y con mi propia vida reanimarle  
Sobre mi corazón hecho pedazos! . . . .  
Un beso mas en su serena frente,  
Un beso mas en su cabello cano! . . . .  
¿Quereis que el corazón se me reviente? . . . .  
Yo no le vi morir . . . . estaba ausente . . . .  
No me bendijo á mí su santa mano!

Al cerrarse sus ojos no me vieron,  
Buscóme su alma, me llamó. . . y no estaba! . . .  
Mis lábios en los suyos no bebieron  
El suspiro postrer. . . . ni recogieron  
La lágrima que dicen que rodaba  
Unica por su faz, cuando sus ojos  
En el eterno sueño se durmieron!

¡Oh! dejadme llorar! . . . . Acaso el grito  
De las entrañas mismas arrancado  
Del corazón de un hijo, es infinito! . . . .  
Quizá traspase la mortuoria losa  
Y á través de la tumba y del olvido  
Llegue á la eternidad donde reposa  
El pedazo del alma más querido! . . . .

Es mi postrer adios. . . . el que la muerte  
No quiso que te diera, padre mío,  
Ni me lo dieras tú. . . . cuando por verte  
Un instante brevísimo siquiera

Al féretro sombrío  
 Donde duermes, mi padre, te siguiera!.....  
 .....

Mas calla, corazón, rómpete y calla!...  
 ¿Quién traduce en palabras el crujido  
 De un alma de hijo que al dolor estalla?...  
 El féretro está allí... Dios lo ha querido!..  
 .....

Sombra bendita de mi padre muerto,  
 Héme aquí sollozando y de rodillas,  
 Empapadas en llanto las mejillas  
 Y de honda herida el corazón abierto...  
 Huérfano, en mi dolor no pido al cielo  
 El alivio mezquino del consuelo;  
 Sólo quiero tenerte, padre mío,  
 En amor, en espíritu, en imagen  
 De mi recuerdo en el altar sombrío.  
 Y hasta el instante en que también sucumba,  
 Con mi amor y mis llantos esconderte  
 En la secreta tumba  
 Del alma entristecida hasta la muerte.

---

## FRIO!

—  
 (CANTO BOHEMIO)  
 —

La tarde era triste,  
 La nieve caía,  
 Su blanco sudario  
 Los campos cubría;  
 Ni un ave volaba,  
 Ni oíase rumor.

Apena en la nieve  
 Dejando su huella,  
 Pasaba muy triste,  
 Muy pálida y bella,  
 La niña que ha sido  
 Del valle la flor.

Llevaba en el cinto  
 Su pobre calzado;  
 Su hermano pequeño  
 Que marcha á su lado

Le dice:—"¿No sienten  
La nieve tus piés?"

—"Mis piés nada sienten,"  
Responde con calma,—  
—"El frío que yo siento  
Le llevo en el alma;  
Y el frío de la nieve  
Más duro no es."

Y dice el pequeño  
Que helado tirita:  
—"Más frío que el de nieve...!  
¿Cuál es, hermanita?  
No hay otro que pueda  
Decirse mayor...!"

—"Aquel que de muerte  
Las almas taladre;  
Aquel que en el alma  
Me puso mi madre,  
El día que á mi esposo  
Me unió sin amor."—

## MI MADRE!

A LA SRA. DOÑA MARGARITA LLERENA  
DE PEÑA.

¡Oh santa madre mía!  
Aún puedo al despertar por las mañanas  
Santificar mi trabajoso día  
Con mi beso primer sobre tus canas;  
Aún puedo con el alma cariñosa  
Sentir cómo resbala temblorosa  
Tu mano en mis cabellos,  
Acaso por secar, madre piadosa,  
La humedad de tus lágrimas en ellos.

Porque tú lo comprendes, tú lo sabes  
Aunque no te lo diga, madre mía;  
No soy feliz... padezco. Hay en mi alma  
El callado sufrir de la agonía.  
Tú lo sabes, lo sabes, y por eso,  
Presintiendo de mi alma las congojas,  
Al estampar sobre mi frente un beso,

Sin quererlo, con lágrimas la mojas.  
 .....

¿Qué fuera yo sin tí? ¿Dónde encontrará  
 Mi triste vida cariñoso abrigo?  
 ¿Quién con mis breves júbilos gozará?  
 ¿Quién me buscara por sufrir conmigo?

¿Quién me diera valor? ¿quién me alentára  
 En esta lucha eterna con la suerte?  
 ¿Quién si no la evangélica matrona  
 A quien llamó Jesus la *mujer-fuerte*?

¿Qué religiosa voz, de mi conciencia  
 Huir hiciera la impiedad bastarda?  
 ¿En dónde viera yo sin tu presencia  
 Al ángel cariñoso de mi guarda?

Madre, tú eres la fé. Cuando en el templo  
 Mujer de los dolores, solitaria  
 Levantas tu oración, es el querube  
 Quien recoje tus lágrimas y sube  
 Con ellas al eterno tu plegaria.  
 Y es ella, tu oración, tu fé sublime,  
 Tu fé de madre que el Señor bendijo,  
 La que bañada en lágrimas redime  
 Y purifica el corazón de tu hijo.

Tú eres piedad y dulce fortaleza:  
 Como el ángel que el Hijo sostenía,

Tú levantas del polvo mi cabeza  
 Y también me sostienes, madre mía,  
 Cuando apuro en mis horas de tristeza  
 Mi desbordado cáliz de agonía,  
 Cuando siento que herido de la suerte  
 Mi espíritu está triste hasta la muerte.

Tu voz cristiana, fervorosa y santa,  
 Que habla con Dios y á la oración invita,  
 Del santuario de tu alma se levanta  
 Inspirada, dulcísima y bendita.  
 Quizá la duda con su noche impía  
 Mi fatigado pensamiento puebla;  
 Pero hablas... y se va, como la niebla  
 Ante la suave claridad del día.

Tú eres, madre, la copa de consuelo  
 Con que la fibra del pesar se calma,  
 Y brillas como el iris en el cielo  
 Tras la deshecha tempestad del alma.  
 Madre, tú eres amor, amor bendito,  
 Amor siempre inmortal, amor sin nombre,  
 El único en que encuentra un infinito  
 El insaciable corazón del hombre.

Siempre tú, sólo tú... Si me arrancára  
 Este mi corazón que siento grande  
 Porque tú estás en él, y le arrojára  
 Al viento en mil pedazos,

En cada uno grabada se encontrára  
La imágen de mi madre entre mis brazos!

Siempre tú, no más tú. Que en mi existencia  
Sólo tú eres bondad, bien y consuelo;  
Sombra de ángel al mundo descendida  
Para en sus alas conducirme al cielo;  
Fé de mi creencia, luz de mis ideas,  
Mitad nunca de mi alma desprendida,  
Mi ser, mi amor, mi adoración, mi vida,  
Madre, imágen de Dios, ¡bendita seas!

---

IGNACIO M. ALTAMIRANO.

### La Cruz de la Montaña.

---

*O cruz, ave. spes unica.*

Héme al pié de tu altar, ya prosternado,  
Musgosa Cruz, silvestre y solitaria;  
Héme aquí ya, gimiendo en mi plegaria,  
Convulso de dolor, desesperado.  
Me acojo á tí, porque me cansa el mundo;  
Falto de fé, vacilo y me confundo . . .  
¡Vengo á buscar en la congoja mía  
La dulce paz de tu montaña umbría!

Un tiempo, en mi niñez pobre y serena,  
Mi idolatrada madre, dulce y buena,  
De un apóstol la historia me contaba,  
Y á quien Jesus de Nazareth llamaba.  
Santa misión de amor le inspiró el cielo;  
Paz y amor predicó, y en el Calvario,  
Al morir, trocó en signo de consuelo  
El leño de la Cruz, patibulario.

Desde entónces ¡oh Cruz! cuando en mi frente  
El surco apareció de la tristeza,  
Corrí á tu altar, humilde y reverente,  
A inclinar afligido mi cabeza,  
Y de mi llanto á desatar la fuente.  
Y hallaron siempre alivio mis dolores,  
Siempre el aliento de la fé volviera  
A mi nublado cielo sus colores,  
Y al árbol de mi dicha, con sus flores,  
Su gallardo esplendor de primavera.

Mas, ¡ay de mí! trás mis primeros años  
Vinieron en tropel tétricas horas,  
Vino otra edad de negros desengaños;  
Y á la luz de sus pálidas auroras,  
He inclinado la faz entristecida,  
Al mirar cuál tornó mústio y sombrío  
El panorama inmenso de mi vida  
La dura mano del destino mio.